

porta? guardémonos de creer justo ó injusto lo que hagamos por la reprobación ó aprobación que merezca de nuestros adversarios lo que hagamos.

Si como dice Martín, la Convención, temerosa de lo que podía resultar quería dar un punto de partida sólido al nuevo gobierno, podía aplicarse el sistema de renovación con más franqueza, esto es, organizando como ha hecho en nuestros días en la misma Francia un poder conservador, una segunda Cámara no permanente, sino con una mayoría de

convencionales, pero dejando la Cámara popular libre, y al cuerpo electoral libre también. No se hizo, y resultó que los reaccionarios, que las facciones aprovecharon este error, la culpa la tiene el sistema adoptado, la falsa política que se quería hacer triunfar. El bueno de Martín reconocía «que en Francia había, sin embargo, lasitud por la larga y ruda dominación de los convencionales y un vago deseo de novedades que los enemigos de la Convención explotarian. Estos volvieron contra ella á



EL PRÍNCIPE DE ORANGE

muchos espíritus indecisos, que se irritaron al ver que pretendía imponerse á los electores.» No eran, pues, los *muscadins* ni los *incroyables* los que protestaban tan sólo de lo hecho, sino el espíritu nuevo que no quería ver delante de sí á los que habían matado á Vergniaud, á Danton, á Robespierre y á Romme.

La oposición había ahora encontrado el pretexto, la bandera para atacar la Convención, la culpa era de ésta por habérsela dado, aquellos hicieron bien en tremolarla y en hacerla valer en las secciones. Si los realistas se escondían detrás de los que vociferaban que se había conculcado la soberanía nacional, esto no quita que muchos de la sección Lepelletier, una de las más levantiscas declararan «que los poderes de todo cuerpo constituyente cesaban delante del pueblo reunido,» no profesasen la buena doctrina democrática. Y esto es precisamente

lo que hizo que todas las secciones rectificasen este acuerdo,—20 fructidor,—6 de Setiembre de 1795.

Entre esta doctrina y la de la Convención mediaba un abismo, y éste no podía salvarse sino por una transacción que, en verdad, nadie intentó, porque de una y otra parte se sabía lo que se quería.

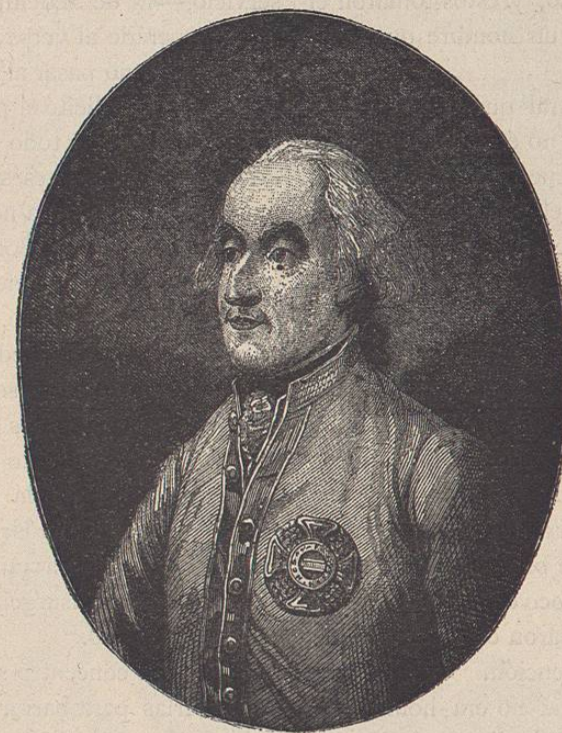
Quería la Convención, que no fuera posible otra política que la suya, porque estaba orgullosa de su obra y no quería poner ésta en malas ó inexperimentadas manos. Los que no querían la imposición de los constitucionales, eran los que no podían consentir la confiscación de la soberanía nacional aunque fuera con buena intención. Estos recordaban que ni la Asamblea constituyente, ni la Asamblea legislativa habían querido perpetuarse, sino que hasta habían cedido el puesto con gran generosidad, que hemos censurado, á los hombres nuevos.

La lucha, pues, la fuerza, era lo que sólo había de dirimir el conflicto.

Las secciones resolvieron como consecuencia de su actitud, la formación de un Comité central que representase «al pueblo reunido,» Comité que de hecho había de sustituir á la Convención. Esto era ir demasiado lejos. Era reemplazar unos usurpadores con otros. La Convención, prohibiendo la elección de este Comité, estaba en lo justo, pero la Convención pretendiendo imponerse al pueblo de

Francia, daba ocasión para que se declarase nulo su decreto. Pero los que tuvieron audacia para esto no la tuvieron para organizar el Comité, luego no tenían más que rendirse ó someterse, con su tumultuaria agitación, no harán, por consiguiente, más que empeorar el estado de la cosa pública. Cuando estos mismos pretenden imponer esta solución á Francia lo que hacen es declararse facciosos.

Llevada al pueblo la cuestión, resultó que la Constitución reunió 900.000 votos y unos cuarenta



CLERFAYT

mil en contra. No se podía decir que la mayoría de Francia hubiese votado, pero nadie le impedía que lo hiciera. Los decretos, es decir, el decreto sobre la renovación parcial de la legislatura, tuvo ciento sesenta y cinco mil votos contra noventa y cinco mil. Desde este momento, cualquiera que fuera la opinión de París que votó en contra de los decretos, toda tentativa para anularlos violentamente era un crimen.

¿Cómo, pues, no hemos de censurar la sección Lepelletier que contra el decreto de la Convención convocando las elecciones para el 12 de Octubre,—20 vendimiario,—lanzó otro, convocando al pueblo parisién por su propia autoridad para las mismas elecciones señalándolo el 11 vendimiario? ¿Cómo no llamar facciosa á esta sección y á las treinta y dos que se apresuraron á aceptar esta convocación?

La Convención anuló la convocatoria de la sec-

ción Lepelletier amenazando á los que se reunieran antes del término que ella misma había fijado con perseguirles por atentado contra la soberanía nacional. Y esto se decretaba el mismo día en que la Convención celebraba magna fiesta fúnebre en honor de los representantes del pueblo «mártires de la libertad.» Cuarenta y siete fueron los conmemorados. Entre éstos, los girondinos, se introdujo, sin embargo á Desmoulin y á Philippeaux. A Danton aún no se le consideró como mártir; esta excepción probaba que la Asamblea que quería perpetuarse no se había aún purgado de todas sus preocupaciones.

Ibase, pues, fatalmente, acercando el momento de la lucha, y esta se caracterizaba por la manifiesta irritación de los elementos realistas. Habían dado á entender á éstos que se contaba con Pichegru y su ejército en verdad poco simpático á la Convención,

y esto los excitaba á la pelea. Así cuando se presentaron los magistrados en el teatro del Odeón, punto señalado para las elecciones populares para disolver á los reunidos, tuvieron aquéllos que retirarse en medio de los denuestos de los *muscadins*. Este hizo que los barrios democráticos como el de San Antonio, —II vendimiario, —fuesen á ofrecerse á la Convención para defenderla, y la Convención se apresuró á devolver las armas á los mismos que poco tiempo atrás había desarmado. Tres batallones se organizaron en un momento, y éstos tomaron el nombre de *Patriotas del 89*, un nombre que equivalía á todo un programa.

Pero hé aquí que el general que mandaba las fuerzas de la Convención que no eran muchas, Menou, declara que no quería tener á sus órdenes á «bandidos» organizados con el nombre de *Patriotas del 89*, es decir, Menou se pasaba del lado de los que habiendo principiado por representar la opinión radical, ahora resultaban ser los que protestaban con las armas de que la Convención se echase en brazos «de los bebedores de sangre.»

Los Comités nombraron una Comisión de cinco miembros para dirigir las operaciones de aquellos días y los cinco se entregaron á Barrás, por sus antecedentes militares, que por antigüedad acababan de valerle la faja de general de brigada. Estos ó éste mandaron á Menou contra el foco de la insurrección, pero aquel se retiró y se quedaron con los *Patriotas del 89*, para defender la Convención.

Pero Barrás aunque general no era hombre de guerra y como sabía que á las secciones no les faltaban militares, pues sobre estar á su frente el general Danican que había combatido en la Vendée, tenían otros jefes vendeanos y chuanes, lo que hacía presumir que estaban resueltos á batirse, pidió un segundo en quien fiar la ejecución de las operaciones militares. Los Comités tenían á la mano un general de reemplazo que les era soberanamente antipático.

Era un hombre pequeño, flaco, pálido, que llevaba los cabellos largos y hacia sobre las espaldas pero en cuyos ojos, ojos famosos, se revelaba una alma insaciable de gloria y de autoridad. Este no era otro que Bonaparte.

De Tolón había pasado á mandar la artillería del ejército de Italia, en donde se le declaró de reemplazo á causa del gran número de generales que contaba el ejército francés, y como había sido grande amigo de Robespierre menor, el único protector que hasta entonces había tenido, en París, era considerado como un general jacobino y por esto se le

tuvo alejado de los mandos de la capital por la que erraba buscando en vano quien quisiera oírle.

Sin embargo, se notaron sus memorias sobre cómo debía llevarse la guerra en Italia y esto le hizo entrar en el depósito topográfico del Comité de Salvación Pública, en donde creyéndose el sucesor de Carnot se hizo desde luego incompatible. Entonces se le ordenó que pasase de general de artillería á la Vendée á lo que se negó, siendo en su consecuencia rayado de la lista de los oficiales generales en servicio, —15 de Setiembre.

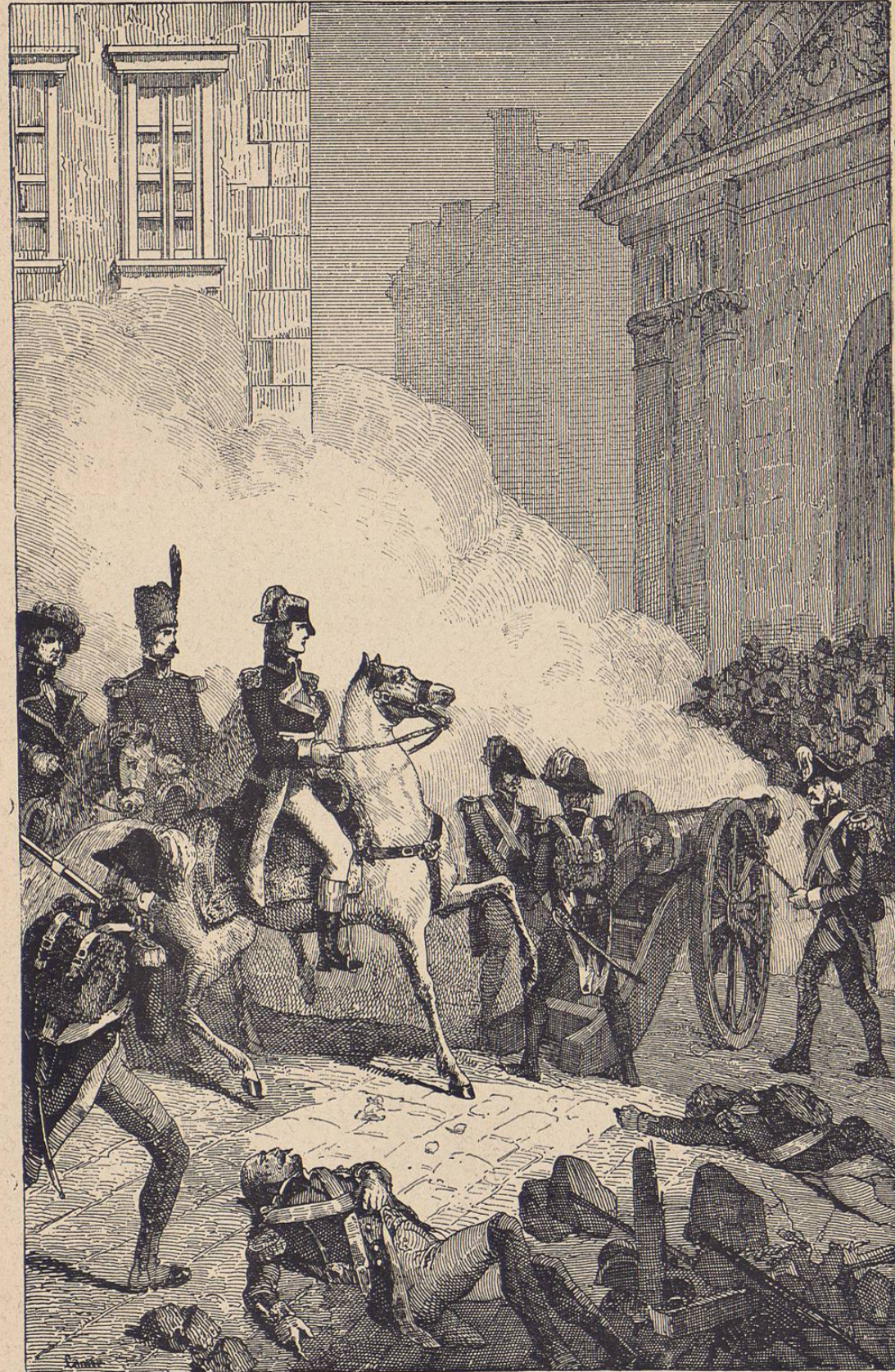
Desesperado al verse poco menos que en la indigencia, resolvió pasar al servicio de Turquía, y en su consecuencia solicitó el permiso que no se le hubiera negado sino antes todo lo contrario, hallándole en esta situación los meses de Vendimiario. Ahora se puede adivinar cuanta no hubo de ser la solicitud que puso el general Bonaparte en prepararlo todo para la seguridad y defensa de la Convención bajo cuyos ojos iba á batirse.

Eran las cuatro y media de la madrugada cuando Barrás y Bonaparte se separaban para atender cada uno por su parte á los sucesos del día. Bonaparte mandó inmediatamente á un jefe de un escuadrón para que fuera por la artillería que estaba en el campo de Sablons en Grenelle. Este jefe se llamaba Murat, y llegó tan á punto con su gente que tuvo que cargar á los insurgentes que habían acudido allí con igual intento.

Bonaparte concentró su artillería en el jardín de las Tullerías para barrer en todas direcciones á los insurgentes, y detrás de ella puso á la infantería, en junto unos 3.500 hombres. Así es que hubo necesidad de armar á los diputados á quienes se repartieron 700 fusiles. Carteaux ocupaba con un corto destacamento el Puente Nuevo, y el general Brune, el amigo de Desmoulins y de Lucila estaba á las órdenes de Bonaparte.

Danican aún cuando fuerte por el número no se atrevía á atacar á los cuatro ó cinco mil hombres de tropas regulares concentradas en tan corto trecho, pues Carteaux apenas se vió amenazado se retiró no sin que se lo consintiera Danican, quien se había propuesto vencer por la presión del número, pero no en combate. Pero cuando los insurgentes hubieron rodeado las Tullerías y ocupado fuertemente la Iglesia de San Roque, desde donde de lo alto de la escalera podían fusilar la artillería de la Convención, el fuego se rompió de una y otra parte por sí solo, como tantas veces ha acontecido en análogas circunstancias.

Roto el fuego Bonaparte no vaciló un momento y



NAPOLÉON DELANTE DE SAINT-ROCH (de un grabado de la época)